



Imagen de Doñana / Fuente: Miguel Valcárcel.

Doñana. Lo retrato en todas las estaciones del año, aunque especialmente en invierno. Es fundamental en mi vida", confiesa.

Le queda un año para cumplir los setenta y jubilarse. Lo tiene claro. Se va y ya está. "He servido con mucha generosidad a la universidad y al sistema científico. Ahora

El investigador Miguel Valcárcel ha recibido multitud de premios y reconocimientos a lo largo de su trayectoria profesional. No obstante, su verdadera pasión son las "aulas" y estar cerca de los estudiantes

necesito reconciliarme conmigo mismo, estoy como perdido dentro de mí", admite. Es el momento para que los suyos disfruten de él. "Le debo a mi familia y a mi mujer Lola el tiempo que durante toda mi vida les he robado", concluye Valcárcel.

NUMEROSOS RECONOCIMIENTOS Y UNA PASIÓN, LAS AULAS

Miguel Valcárcel ha recibido un gran número de premios y reconocimientos a lo largo de su carrera que, comenta, le han emocionado. Pero lo que realmente le gusta y llena plenamente es impartir clases. "Soy feliz diariamente tratando con jóvenes tanto en el laboratorio como en las aulas, porque un privilegio del profesor universitario es estar en contacto permanentemente con ellos. Eso es un tesoro".

Entre los reconocimientos científicos que le han llevado a ser uno de los investigadores más prestigiosos en el campo de la Química Analítica, ha recibido seis premios internacionales. La última distinción, en concreto, ha sido el 'Premio DAC-EuCheMS 2015' concedido por la División de Química Analítica de la Asociación Europea de Ciencias Químicas y Moleculares (DAC-EuCheMS), que

reúne a más de 40 sociedades químicas europeas. A nivel nacional ha recibido otros reconocimientos como el 'Premio Nacional Enrique Moles' de Ciencia y Tecnología Química (2005) y el 'Premio Maimónides' de Investigación Científico-Técnica de la Junta de Andalucía (1992).

A sus facetas de docente e investigador se suman la de gestor y también evaluador. Ha sido decano, vicerrector, presidente de la Comisión de Doctorado y coordinador del Programa de Evaluación del Profesorado en la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA), entre otras responsabilidades. "He podido estar cerca y me he involucrado en los numerosos cambios que se han producido en la universidad española en los últimos años", apostilla.



Mar Cano / Imagen cedida por el fotógrafo Antonio Sabater Artús.

"MAR CANO, MI PRIMA, MI COLEGA, MI AMIGA"

Fernando Hiraldo | Estación Biológica de Doñana

Mar Cano murió la primavera de 2015, mientras yo trabajaba en Brasil. Me enteré de su muerte tarde y mal; bien es verdad que en ningún momento, en ningún lugar, podría haber aceptado de otra forma que mal su desaparición. Mar era un ser humano excepcional: inteligente, buena, valiente, sensible y firme como una roca. Era de esas pocas personas que se podían pasar años sin tener contacto con ella, pero que cuando se tenía un problema, cuando se la necesitaba, estaba ahí. Sabía escuchar y, sin que casi uno se diera cuenta, sugerir caminos para navegar hacia soluciones positivas. Su generosidad iba unida a su prudencia.

En su trabajo, en su amada profesión, usó con generosidad, afortunadamente para todos, sus capacidades y virtudes. Se entregó a ellos con pasión, con la inteligencia y la fuerza que ponía en todo lo que hacía. Esa entrega y su valentía fueron sin duda responsables de que fuera la primera mujer que llevó una cámara en España, como corresponsal de Televisión Española (TVE) en Almería, y fuera también una pieza fundamental para que gacelas y arruís del Norte de África estén hoy mucho más lejos de la extinción que cuando Mar Cano, hace más de cuarenta años, hizo de la conservación de esas especies su objetivo vital. Recuerdo muy bien cuando

José Antonio Valverde, en 1970, me habló por primera vez de las gacelas. Fue entonces cuando me dijo: o convencemos a Antonio Cano para que forme parte del proyecto, o esto fracasa; nadie como él puede llevar a buen puerto lo que tan desorganizadamente se nos va a venir encima. Y esta vez Valverde se equivocó, sólo un poco, pero se equivocó. Antonio nunca hubiera podido pasar aquellos durísimos años iniciales en los que se montó el Centro de Rescate de la Fauna Sahariana, sin la ayuda, el trabajo y la constancia de Mar. Valverde se dio pronto cuenta de la valía de esta joven rabiosamente rubia y del papel fundamental que podía realizar en la conservación de las gacelas. Enmendó su error y transformó el dúo en un trío. Fue con ella al Sahara a buscar gacelas y con Mar consiguieron rescatar más de 100 ejemplares de gacelas y arruís que fortalecieron los rebaños del centro de Almería. Luego le dirigió su tesis y fue su amigo y uno más de sus muchos admiradores.

Si el trabajo, científico y de gestión, de Mar fue siempre importante para la conservación de las gacelas, se hizo indispensable cuando su padre, como ella, murió en una primavera, la de 1983. Después de la muerte de Antonio, y es para mí imposible imaginar el dolor que debió sentir ante la muerte de un ser tan querido y admirado por ella, no

abandonó, no se hundió, apretó los dientes y con más fuerza que nunca, luchó por el objetivo que este trío de excepcionales y visionarias personas se habían trazado: salvar a gacelas y arruís del Norte de África.

Ya en el CSIC, primero como titulado superior y luego como investigadora, en la Estación Experimental de Zonas Áridas que dirigió durante cinco años, continuó su labor y mostró sus dotes diplomáticas en el antes y el después de trasladar las primeras gacelas mohor a África en 1984.

Desgraciadamente no todo fueron alegrías en esta aventura por conservar las gacelas. Mar pasó momentos malos o al menos, la palabra malo no cuadra con ella, momentos tristes. Las instituciones en España demasiadas veces valoran poco el pasado, interpretan mal el futuro y actúan torpemente en el presente. Con algo así tropezó Mar. Cuando el instituto, como debiera, empezó a crecer y comenzaron a llegar jóvenes y brillantes investigadores, las autoridades del CSIC, a diferentes niveles, no supieron o no quisieron valorar su pasado, ni fueron capaces de utilizar adecuadamente, para el futuro, a una persona con la valía y los recursos de Mar. Los intereses pequeños prevalecieron ante los grandes. Afortunadamente los cimientos que habían dejado este excepcional trío, eran muy sólidos y capaces de soportar borrascas y tormentas. Muchos siguieron trabajando en la línea de investigación/conservación que ella había abierto y capitaneado durante años en el Instituto y, en la misma primavera que Mar nos dejaba, en el Sahara, cerca de Mauritania, se liberaban gacelas mohor. Mar lo hubiera celebrado con los suyos acompañándose, quizás, de un buen vino. Nunca fue rencorosa esta mujer y nunca, las pequeñas cosas le impidieron disfrutar de las grandes.

La muerte de Mar Cano Pérez ha sido una tragedia para su familia y deja un inmenso y un doloroso hueco difícil de llenar entre sus amigos y la mucha gente que la quería. La conservación de la naturaleza, la biología de la conservación en este país, han perdido un sólido referente. Nos queda su exitosa obra y su ejemplo. Pero entender esta pérdida es difícil, sólo unas palabras de Camarón ("cuando Dios nos da la vida también nos condena a muerte") me hacen aceptar lo inevitable: la muerte de una gran mujer que vivió la vida intensa y honradamente. Mi prima Mar.